

JOSE VASCONCELOS

José Vasconcelos quien acaba de morir en México, fue, sin duda alguna uno de los grandes creadores y animadores de la cultura de este Continente. En primer sitio, el gran escritor mexicano, creía en América, sus posibilidades, su futuro. Del fondo de la Cosmogonía, del trópico cargado de emanaciones, del silencio y soledad del alma india, extraía un mensaje, el devenir de una nueva raza, de un pueblo inédito por sus mitos, sus gestas, su propio mensaje. Para sustentar su tesis, Vasconcelos escribió libros densos, poblados de idas y con la fuerza universal de todo lo que está tocado de inmensidad, de aquello que conlleva, en fina cápsula, la simiente pródiga de un amanecer fecundo y jubiloso.

Candidato a la Presidencia de su patria fue derrotado y exilado. Dos lustros estuvo fuera de su país en una cotidiana tarea de observación de los fenómenos que operan en la cristalización de razas, de conceptos, tradiciones, leyendas, todo lo que tiene permanencia sobre lo anecdótico e inútil. Posteriormente fue Ministro de Instrucción de México y también Director de la Biblioteca Nacional. En ambos campos desarrolló una tarea gigantesca ya que entendía la vida como una milicia ardiente, un servicio a los hombres que buscan una orientación para su vida. Escritor robusto, su prosa está cargada de energía, de corrientes magnéticas, de suscitaciones cerebrales. Realizó un viaje atento y hondo por varias filosofías adentrándose en la organización del mundo por los hindúes, hasta llegar a sentir la palpitación de la raza maya en su encrespamiento barroco al fundirse con el catolicismo. Su sistema filosófico llamado por él "monismo estético", se inicia con la Metafísica, abarca la Ética y la Estética. En todos sus libros alienta el escritor que ama, por sobre la cordillera de los conceptos, la vida misma como un quehacer, un divagar, un agonizar a la manera de Unamuno.

Era Vasconcelos un hombre tórridamente vital en el mejor sentido del concepto. No hizo concesiones intelectuales a la retórica, porque entendía que, del vaho caliente del pueblo, sube diariamente una lección humana que es preciso medir en su intensidad.

Viajó por mundos y su pupila se cargó de verdades circundantes. Por eso leerlo es asistir a un conocimiento del Universo, sus fases, sus derroteros, sus climas morales y espirituales. Porque este escritor alimentaba su prosa con el arrebatado de un místico, de un ser que entiende su obra como un testimonio, antes que como una sutil filigrana conceptual.

Cuando en su camino encontró a Cristo, con El supo hacer las paces para el largo camino que desemboca en la muerte. No abandonó nunca el Crucificado que se constituyó en su guía, su meta, su ordenamiento y jerarquía moral. Millares de artículos y conferencias dan la prueba de su amor por el Dios de los cristianos viejos.

José Vasconcelos ha muerto de pie al lado de su cosecha. Cuando dictaba un ensayo lo sorprendió la muerte. Debió sonreírle porque para él las rutas del más allá estaban iluminadas de antemano ya por su fe y por su defensa de todo lo digno que alienta en la persona humana. Con la desaparición de Vasconcelos se abre un claro imposible de colmar en la cultura de Indo-América. El hombre de la raza cósmica, el unificador de sangres y sueños de estas patrias, ha dejado de vivir cuando aún podía darnos tantos mensajes útiles para esclarecer la ruta.

A. R. G.